

El consuelo que provoca consolar (primera parte)

Leyendo la segunda carta de Corintios, pude percibir a flor de piel el continuo sufrimiento y preocupación del apóstol Pablo por dar a conocer las Buenas Noticias de Jesús en la ciudad de Corinto en Grecia. Pablo tuvo que enfrentarse a muchos retos en Corinto para que el evangelio de Jesús no fuese adulterado con falsas ideologías y prácticas no respaldadas por Dios. Tuvo que lidiar contra los falsos maestros que querían engañar la iglesia primitiva con enseñanzas fraudulentas en contra de Dios. Estos mensajeros del mal desafiaban la seriedad del ministerio y la autoridad de Pablo como apóstol de Jesucristo. Me conmovió contemplar su pasión por el bienestar colectivo de esos nuevos creyentes y al mismo tiempo, sentí admiración viendo como Pablo ante tantas luchas, pruebas y sufrimiento, tomó una vez más la actitud de utilizar su adversa experiencia para dar testimonio, consuelo y reafirmación de su fe por el bienestar de la iglesia en Corinto.

¿Cuántas veces podemos utilizar nuestro sufrimiento como fundamento para dar aliento y consuelo a los demás? Honestamente, es muy difícil poder hacer esto constantemente. Hay sinsabores en la vida que nos sacan fuera de nuestra barca en alta mar y tenemos que nadar en contra de las grandes olas para llegar hasta la barca nuevamente. Esto nos agota y nos deja sin fuerzas para continuar remando y mucho menos para alentar a aquellos que están en altamar nadando para sobrevivir. ¿Estamos de acuerdo en esto?

En ocasiones, le suplicamos a Dios que nos libre del mal, sin embargo, ¡es cuando peor se vuelve nuestro entorno! Estos son los momentos en que debemos fijarnos en la vida del apóstol Pablo y emularlo sometiendo nuestras emociones alteradas al Dios consolador y tomar las agallas para continuar ayudando y consolando a otros. ¿Qué es difícil? Sí, es muy difícil, pero no es imposible. El problema de no practicarlo es que nunca llegaremos a lograrlo. Es un ejercicio para personas que verdaderamente estén arraigados a su fe y que su compromiso con Dios vaya mas allá de las palabras o las circunstancias. Es como estar ahí frente al Rey Nabucodonosor cuando ordenó que calentaran el horno siete veces mas y que echaran a Sadrac, Mesac y Abegnego por no querer adorar a dioses ajenos y poder decir junto a ellos: "Oh Nabucodonosor, no necesitamos defendernos delante de usted. ¹⁷ Si nos arrojan al horno ardiente, el Dios a quien servimos es capaz de salvarnos. Él nos rescatará de su poder, su Majestad; ¹⁸ pero aunque no lo hiciera, deseamos dejar en claro ante usted que jamás

serviremos a sus dioses ni rendiremos culto a la estatua de oro que usted ha levantado.” Daniel 3:17 (NTV). Aplicándolo a nuestros días, es poder decir: “Dios, aunque es una realidad que estoy enfermo, o que me he quedado sin trabajo, o que voy a perder mis bienes, o que me han acusado falsamente, o que estoy agonizando, Tú eres lo mejor que me ha podido suceder en la vida. Tú cuidarás de los míos y tus planes se cumplirán suceda lo que suceda. No voy a dejar de hacer lo correcto, no dejaré de dar buen ejemplo, continuaré amando y consolando a todos aquellos que te necesiten...” ¡Uff! Me estremece escribirlo.

Al hacer esta declaración vino a mi mente Moisés con el pueblo de Israel frente al Mar Rojo. Dos millones de personas que después de 400 años, habían sido liberados de la esclavitud de Egipto y acampaban tranquilamente frente al Mar Rojo tomando un descanso en su éxodo. De pronto, se percatan que el Faraón y su ejercito venían veloces y llenos de rabia a matarlos y esclavizarlos nuevamente. Lo que estaba frente a ellos era un mar, no una charca, no un estanque. Se imaginan a Moisés en esta encrucijada diciéndole al pueblo de Israel que estaba en estado de pánico: **“No tengan miedo. Solo quédense quietos y observen cómo el Señor los rescatará hoy...” Éxodo 14:13 (NTV).** Le creyó a Dios, obedeció y dirigió al pueblo israelita a cruzar el Mar Rojo en seco. Llegaron todos al otro lado sanos y salvos dejando atrás los 400 años de esclavitud en Egipto para crear una nueva historia y una nación que pasó a ser el pueblo escogido por Dios.

¿Recuerdan a la reina Ester? Obedeció a su primo Mardoqueo y para salvar la vida de su pueblo judío se presentó ante el Rey Jerjes sin que él la hubiese procurado. Por entrar sin invitación al patio interior del Rey, no era un castiguito simple lo que le ocurriría, la condenarían a muerte. Ella decidió ampararse en su fe a Dios, obedecer arriesgando su vida y salvar a su pueblo de la injusticia. El pueblo judío se salvó de que los mataran injustamente y quedaron aliviados de todos sus enemigos. Hoy en día, los judíos alrededor del mundo celebran el Festival de Purim en honor a esa victoria.

Podríamos llenar varias páginas con historias de hombres y mujeres que sufrieron, lloraron, estuvieron presos siendo inocentes, los golpearon por injusta causa, sacrificaron sus vidas por amor, lo arriesgaron todo, lo perdieron todo, pero salvaron vidas, consolaron al desesperado, modelaron el corazón de Jesús ante su imperfección, sus debilidades y sus tormentos. No se estancaron por cogerse lástima, no se paralizaron por analizar los hechos con su entendimiento humano.



¿Cuál fue el resultado de su actitud correcta? Fueron muchos los resultados extraordinarios a favor de ellos, de los suyos y de los necesitados. Todos los resultados fueron sorprendentes, mucho más elevados que su raciocinio e imaginación.

No puedo finalizar el escrito sin que reflexionemos en otro punto importante: sería fantástico que Dios siempre nos librara de todas nuestras angustias eliminándolas y/o resolviéndolas de forma extraordinaria. ¡Sería fabuloso! pero usted y yo sabemos que no siempre sucede de esa forma. Un ejemplo de esto fue el primer mártir cristiano: Esteban. Hombre sabio, lleno del Espíritu Santo, apasionado por las vidas y dispuesto, pero tristemente murió apedreado en manos de religiosos incrédulos. ¿Resultado? Comenzó una gran persecución a los cristianos que provocó que se dispersaran, entonces la Buena Noticia de Jesús se propagó aun mas, no limitándose solo a Jerusalén.

Ahora quisiera compartirles un secreto fundamental. Por favor acompáñame en la segunda parte de esta lectura. Sé que será de bendición para ti y para los tuyos. ¡Bendiciones en extremo!